

WASHINGTON IRVING,
PRIMER HISPANISTA AMERICANO

POR

FRANCISCO YNDURÁIN HERNÁNDEZ



*CONFERENCIA DADA
EN LA UNIVERSIDAD
DE GRANADA EL DÍA 27
DE NOVIEMBRE DE 1959*

IMPRESA URANIA. MANUEL DEL PASO, 6. GRANADA

Al proponer a Washington Irving como primer hispanista norteamericano, pues lo fue, en efecto, pudiéramos haberle añadido con no menos justo título el dictado de primer escritor de su patria, siempre con criterio cronológico y, en el segundo caso, ateniéndonos a una estimación compartida de propios y extraños. Ahora trataremos de situar la figura y la obra del escritor. primero en su ambiente nativo, luego en su aspecto de hispanista.

Hacia 1820 se preguntaba Sidney Smith, no sin cierta nota de malevolencia, en la *Edinburgh Review*, «En las cuatro partes del globo, ¿quién lee un libro americano, o va a una obra de teatro americana, o contempla una estatua o pintura americana?» En este momento, la res-

puesta era, «Nadie, excepto los mismos americanos». Estas palabras han sido recordadas por más de un historiador de la literatura americana, con la natural satisfacción de poder oponerles el espléndido desarrollo que, precisamente en esos años, se venía fraguando en una reducida zona del país. Lo cierto es que, una vez terminada la Revolución que trajo la independencia de la antigua colonia inglesa, la vida de la nueva nacionalidad iba forjándose aceleradamente y al mismo paso iba surgiendo una literatura propia.

Todavía en 1812 hubo una segunda guerra con la antigua metrópoli, que sirvió, en palabras del Senador Benton, «para el honor y el interés de los Estados Unidos, guerra llevada con valor y terminada honrosamente... que levantó extraordinariamente el espíritu nacional». (*Thirty Year's View*).

El tono del país era de confianza y el período que va de 1812 a 1837, bajo los mandatos presidenciales de Madison, Monroe, Adams y Jackson, coincide con el alborear de un sentimiento nacional firme y expansivo al integrarse en la Unión trece nuevos Estados. Es «la era del buen sentido», en frase de Monroe. Al mismo tiempo se ofrece como empresa inmediata en que ejercitar las grandes virtudes de acción el entonces

Oeste virgen y salvaje, que empezaba poco más allá de la costa atlántica : la región de los Grandes Lagos y Kentucky acababan de ser colonizados y al otro lado del Mississippi apenas se había aventurado nadie todavía. La marcha hacia el Oeste, infatigable, tenaz, hasta dar en las playas del Pacífico iba a ser la colosal hazaña, el epos moderno de más consideración, el gran movimiento forjador de un espíritu y consecuencia de éste que llevaría con la expansión los principios del futuro nuevo gran Estado. Cooper y Whitman serán los cantores de esta fabulosa empresa, que va a tener también su propia leyenda. Una expedición, la de Lewis y Clarke, enviados por Jackson, abrió la ruta del remoto Oeste, en 1817, a oleadas de arriscados pioneros que colonizarían el vasto continente de mar a mar.

En cuanto a la literatura, los pasos no son tan firmes al principio. Si nos fijamos en la centuria anterior apenas si hay nada más que las obras del polifacético Franklin, escritor de varia minerva, pero no precisamente un creador ; o los sermones y tratados de Jonathan Edwards (1703 - 1758), de Connecticut, en cuyas obras sobre el hombre y el libre albedrío encontramos bellas páginas con descripciones de la naturaleza. En todo caso, poco más que un provincial que

no traspasó las fronteras locales, aun cuando hoy parece ser tenido en gran estima por sus coterráneos.

Las primeras páginas sobre la vida americana las debemos a un francés, Michel-Guillaume de Crèvecoeur (muerto en 1813), quien después de una larga estancia y haberse naturalizado americano —fue allí en 1780— publicó las *Letters From an American Farmer* (1782-83), jugosas escenas de la vida en el país que le había acogido, más un curioso ensayo, *What is an american*, donde nos da una imagen idealizada de la tierra y de las gentes, acogedoras, libres, igualitarias, abiertas. Pero ya se sabe que en toda pintura de caracteres, aun idealizados, no importa tanto si de hecho y puntualmente corresponde la realidad a la idealización, cuanto la constancia de una inclinación hacia metas ideales, pues los hombres y la sociedad se caracterizan por lo que son y no menos por lo que quieren ser : el querer ser es ya una manera de empezar a ser.

La verdad es que en el siglo dieciocho había brotado tímidamente una literatura no desasida aún enteramente de conexiones cisatlánticas, y el aserto posterior de Lowell cuando dice que los americanos «tomaban los libros ingleses y pen-

saban con pensamientos ingleses», no era exagerado. Ni era más optimista el cuadro que presenta R. H. Stoddard en *The life of Washington Irving*, primera biografía de nuestro autor, al pasar revista al ambiente de los años en que termina la guerra revolucionaria. Pero lo más grave es que en los años inmediatos siguientes, ni los imitadores existían. Bien es cierto que se publicaban unos cuatrocientos periódicos y que en New-York había algunos círculos literarios. En este medio de tan escasa vida cultural es curioso que encontremos dos ecos de nuestra primera novela: *Modern Chivalry*, de Hugh Henry Brackenbridge (1792-1815), y *Female Quixotism* (1801), de Tabitha Tenney. El primero hace recorrer los campos de Pennsylvania a la pareja del capitán Farrago y su criado Teague, de ascendencia quijotesca y sanchopancesca respectivamente; la segunda hace una donosa burla de las lectoras de novelas sentimentales, algo así como Fielding había hecho con la sentimentalina de Richardson.

Según Carl Van Doren —en su *La novela en Norteamérica*— y repitiendo un pasaje de John Bristol en su libro *Los recursos de los EE. UU.* de 1818, «No tenemos gran cantidad de novelas indígenas, y ninguna de ellas es buena; nues-

tras instituciones democráticas, que nivelan e igualan políticamente a todos, y la distribución de la propiedad en partes sensiblemente iguales por todo el territorio, prestan poco campo a la variedad y contraste de caracteres... Existe, claro está, el tradicional *romance* sobre los indios ; pero una novela que describiera a esos pobres bárbaros, a sus mujeres e hijos, no interesaría al lector americano actual». Muy pronto iba a ser desmentido este juicio al ser un hecho los tres grandes temas de la novela americana : la Revolución, la frontera y la colonización, que todavía no llevan trazas de haber agotado el temario. Luego brotarán también otros motivos de más compleja intención y sentido con las novelas de Hawthorne, de Melville y de James, por citar sólo los mayores.

Washington Irving fue el primero que publicó —1809— «el primer libro americano que no necesitó de apologías y se recomendó por sí mismo. Su Fecha es la fecha del nacimiento de la Literatura americana», si hemos de creer al Profesor Beers. Este libro es, *History of New-York from the beginning of the world to the end of the dutch dynasty*, firmado con el seudónimo de Diedrich Knickerbocker (1809). La «historia» es un agradable relato del descubri-

miento y colonización holandeses, tratados con bonachona comicidad, que hoy nos parece un tantico ingenua y fuera de sazón, como suele ocurrir a la gracia y vis cómica cuando no van cargadas de sentidos más altos. Una ingeniosa superchería literaria inventando el supuesto autor, que acaba de morir —y los periódicos dieron la noticia— en el momento de aparecer el libro, ayudó al éxito de la primicia, que lo tuvo y grande. Antes y en este mismo año, Irving colaboró en un periódico de carácter misceláneo, *Salmagundi*, con artículos de tono satírico para «instruir a los jóvenes, reformar a los viejos, corregir la ciudad y reformar el siglo». La efímera publicación fue casi obra familiar, pues colaboraban un hermano y un cuñado de Washington Irving, que firmaba con el seudónimo de *Jonathan Oldstyle*. *Salmagundi* significa algo así como «salpicón» y he aquí cómo al cabo de los siglos y a larga distancia rebrota una vieja imagen culinaria aplicada a un género semejante: pienso en el «satura lanx» latino, como puede suponerse.

En estas primeras muestras de una afición literaria se hacen notar ciertas preferencias, que vamos a hallar después insistentes en el autor: una inclinación al pasado, la actitud entre có-

mica y satírica, y el gusto por la observación del ambiente. Después será decisivo el viaje a Inglaterra, primero y a la Europa continental después. De cualquier modo no fue pequeño el mérito de Irving superando un clima nada propicio al cultivo de las letras, falto de precedentes propios y viviendo en un medio de provincialismo limitado, donde podía señalarse a alguien, «there goes a fellow who has been in London», como algo singular (Van Wick Brooks, *The world of Washington Irving*). Por de pronto, el ejemplo del primer Irving, el de la historia de New-York, sirvió de estímulo y tuvo imitadores, algunos de los cuales se reunieron en el «Knickerbocker Club» y cultivaron el cuadro de costumbres, la sátira y la poesía. Sus nombres, Joseph Rodman Drake, Fitz-Green Halleck, N. P. Willis, no han pasado a la posteridad fuera de su nación.

Para el año 21 el panorama de la prosa americana había cambiado considerablemente: dos obras de Irving, *The Sketch Book* y *Bracebridge Hall* —fruto de su estancia en Inglaterra, a partir de 1815— y en dos años más, *The Spy* y *The Pioneers*, de Fenimore Cooper. Estos dos autores son los dos primeros profesionales de las letras en su patria y en una época en que tal es-

pecie era allí desconocida (Brooks, *op. cit.*). Irving era ya «orgullo de la literatura americana», famoso en Europa también. La admirable floración de New-England, con el centro intelectual y literario en Boston, estaba a punto de eclosión. En menos de cincuenta años hay una literatura pujante, segura de su fuerza y ya liberada de Inglaterra, Emerson fedatario. Pero hemos de abandonar un cuadro tan tentador para volver a nuestro Irving. El cual tuvo el acierto y la fortuna de relacionarse con el editor Murray, el poeta Campbell y, sobre todo, con el iniciador de una nueva manera literaria, Walter Scott, a quien visitó en su residencia de Abbotsford. El momento —1817— era decisivo para contagiar al viajero con el naciente romanticismo en su doble vertiente hacia lo pintoresco actual y la resurrección del pasado, por supuesto del medieval. En Abbotsford «se respiraba medievalismo» y ya había empezado Scott la gran serie de las *Waverley Novels* (1814-1832), no afectadas todavía por el apremio en su composición a causa de la quiebra que llevó a su autor a un desmesurado esfuerzo por pagar con el producto de su pluma unas deudas que, en rigor, no le obligaban. Gracias a Scott pudo Irving conocer los románticos alemanes y descubrir algo

congenial con sus inclinaciones y gustos en Wieland, Bürger, Tieck o Richter.

Entre tanto la vieja Inglaterra, a la que no podía sentirse ajeno, hijo de inglés y escocesa establecidos en los Estados Unidos muy recientemente, le ofrecía un pasado lleno de leyenda no extinguida. Tanto el *Sketch Book* como *Bracebridge Hall* son evocaciones de un ayer patriarcal y pintoresco en costumbres, conservadas todavía no en las ciudades, pero sí en las viejas mansiones campestres, en las casas de techo pajizo y en las iglesias vestidas de yedra. Al estímulo de las antiguas tradiciones en la vieja Europa, se volvió a buscar en el nuevo mundo un equivalente de mitos vernáculos. Aunque la mayoría de las escenas y evocaciones sean inglesas, aparece también, por ejemplo en una, *A trait of Indian character*, «el noble salvaje que después de haber pasado el día de caza, se envuelve en su piel de búfalo para dormir arrullado por el trueno de la catarata». (Ya los indios, como seres «primitivos» y puros habían sido objeto de tratamiento literario en el siglo XVIII, con resonancias rousseauianas, un remoto precedente en nuestro «villano del Danubio», por no citar a Marmontel, *L'Huron* de Voltaire, los paisajes de la novela de Saint Pie-

re y la más reciente exaltación, ya romántica, de Chateaubriand).

En el *Sketch Book* figuran también los dos primeros, y excelentes, relatos legendarios de ambiente americano, más precisamente de las riberas del Hudson, las deliciosas narraciones *Rip Van Winkle* —un clásico— y *The legend of Sleepy Hollow*: la aventura del gurrumino holandés, que durmió veinte años, o la ridícula historia de Ichabod Crane con la aparición del jinete sin cabeza son perfectos en su línea. Ha sido el contacto con las corrientes literarias europeas y su historia lo que hizo de catalizador de un anhelo juvenil de Irving, que se había distinguido desde su adolescencia por un amor a las cosas pasadas, a la naturaleza y al escenario rural. Se nos ha informado de que en su adolescencia «gustaba de paseos por el norte de New-York a la busca de viejas aldeas holandesas y de iglesias cubiertas de musgo entre los Winchester Hills o los Kaatskill Mountains, de los que conocía cada lugar donde había sucedido algo misterioso, terrible o maravilloso, apariciones o crímenes» (*Literary América*, D. E. Scherman).

La encantadora leyenda de Rip van Winkle, ha escrito un crítico (Marcus Cunliffe), es adap-

tación de un cuento alemán, «casi un plagio». Lo cual yo no admito, pues el quid del relato no reside tanto en la anécdota, no demasiado estu-penda después de todo, sino en la gracia narrativa, en ese felicísimo punto de vista que combina lo extraño y sorprendente con una fina observación realista, uno y otra iluminados del humor e ironía más jugosos, que ponen como una vela-dura y distancia entre el narrador y lo contado.

Además y aun en cuanto a la anécdota del relato parece que había una materia mítica *in situ*, que sólo esperaba la pluma que le diera forma. En efecto, Van Wick Broooks (*op. cit.*) cita un texto de Mrs. Josiah Quincey, de hacia 1786, en que se nos habla de un capitán de barco que remontaba el curso del Hudson y conocía una leyenda para cada rincón, un suceso maravilloso en cada repliegue de sus riberas, aun cuando no se cite nada que se parezca a Rip van Winkle. En cualquier caso, haya precedente libresco o de tradición oral, el problema de la originalidad sigue siendo el mismo : por todas partes, en la vida y en la literatura hay disponibles infinidad de temas como *raw material*. De eso a una obra de calidad artística sólo falta el creador : nada más y nada menos. En el caso del dormilón holandés, Irving lo presenta como es-

crito póstumo de su heterónimo Knickerbocker, aquel viejo caballero curioso de las antigüedades holandesas en la provincia y de las costumbres de los descendientes de los primeros colonos, y es fruto, el cuento, de sus investigaciones, que «no se basan tanto en los libros como en los hombres». Interesa ahora hacer notar esta «manera» especial de hacer literatura en nuestro autor, que hemos de encontrar reiterada más adelante.

Después de la publicación de los dos libros ingleses, acogidos con admiración y sorpresa, Irving viaja por Alemania recorriendo Sajonia, Baviera, Wuttemberg y el Rhin. De estas andanzas sale el libro *Tales of a Traveller* (1824), en que se entrelaza el relato de los viajes y las notas de sus observaciones, con el repertorio de tópicos propio de la balada romántica alemana. Para entonces ya había sentido atracción hacia la literatura española y por esos años estaba leyendo a Calderón, cuando una feliz casualidad decide su venida a la Península. El embajador americano en Madrid, Alexander H. Everett, quería que Irving tradujese al inglés la colección de documentos, por primera vez reunidos, sobre el descubrimiento de América. El colector, Fernández de Navarrete, «el Merlín de los

papeles», había empezado a publicar ya algunos de ellos. La «Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde el siglo XV» suministraba la base documental más completa hasta entonces para escribir la historia de nuestros descubrimientos. (Antes sólo se había utilizado fuentes impresas, de navegantes, colonizadores e historiadores de Indias, como Robertson en su *History of the discovery and settlement of America*, 1777). Los deseos del ministro americano no se vieron cumplidos, ya que a Irving no le interesó la pesada tarea de traductor ni tenía vocación de historiador. Prefería decididamente la historia hecha literatura amena a la severa disciplina de la investigación: «History faithfully digested from various materials was a desideratum in literature». En lo cual no estaba lejos del Víctor Hugo que prefiere como más veraz la literatura a la historia. El caso es que tuvo oportunidad de ver los documentos de Navarrete, con quien le unió relación más duradera y sirvió de intermediario entre el riojano y su compatriota, el historiador Prescott y el erudito Ticknor, éstos mucho más estrictos investigadores que el amable viajero. Pero no he de ocuparme de Irving como historiador, si es que así puede llamársele sin inexactitud. Ahí

están sus obras de temas españoles : *Life and voyages of Cristophorus Columbus* (1828), *The companions of Columbus* (29) y *The conquest of Granada* (29). Los historiadores nos dirán de su valor.

No nos consta cómo ni cuándo empezó Irving a interesarse por España y lo español. Según Stanley T. Williams conoció desde niño las narraciones de la conquista de Granada, seguramente las *Guerras civiles* de Ginés Pérez de Hita, y uno de sus recuerdos más vivos en *Tales of a traveller* es el de los héroes de la conquista de México, de los compañeros de Colón, junto a cuyas hazañas le parecían cosa de nada los cuentos de hadas o de magia. En su *Notebook* apunta, en 1825 :

«Bellísima Granada,
ciudad de tantos rayos coronada»

(versos de *La Niña de Gómez Arias*, de Calderón).

Su inclinación hacia lo granadino es, por testimonio propio, muy antigua en él : «From earliest boyhood, when, on the banks of the Hudson, I first pored over the pages of old Gines Perez de Hyta's apocryphal but chivaleresque history of the civil wars in Granada, and the feuds

of its gallant cavaliers, the Zegries and the Abencerrages, that city has ever been a subject of my waking dreams ; and often have I trod in fancy the romantic halls of the Alhambra».

Dejando, por un momento, la llegada a la ciudad de sus sueños, quisiera precisar algo más la influencia española en el *yankee*. Es opinión recibida entre críticos ingleses y americanos que el estilo de Irving está formado en los ensayistas y novelistas ingleses del siglo XVIII, singularmente en Addison y Goldsmith. («Addison and water» es una de las pullas dirigidas al estilo de Irving). Para Villiam Dean Howells el hechizo de la prosa de Irving, más que del autor del *Vicario de Wakefield*, procede de la lectura de Cervantes. Esta afirmación de quien conoció tan ampliamente nuestra literatura clásica y moderna puede ser precisada con apoyo de algún pasaje concreto. Por ejemplo, de la «Leyenda de Sleepy Hollow» : Ichabold Crane, el desgarrado y hambrón maestro de escuela va a la fiesta del rico van Tassel con intención de enamorar a su bella hija. Para el viaje ha pedido al padre de uno de sus alumnos una cabalgadura, que pese a su fogoso nombre, Gunpowder, es un jamelgo ridículo. Ichabold sale montado «like a knight-errant in quest of adventu-

res). Su empresa se presentaba con más dificultades que las de «a knight-errant of yore, who seldom had anything but giants, enchanters, fiery dragons, and such like easily conquered adversaries to contend with ; and had to make his way merely through gates of iron and brass, and walls of adamant to the castle keep, where the lady of his heart was confined ; all which he achieved as easily as a man would carve his way to the centre of a Christmas pie ; and then the lady gave him her hand as a matter of course». El pasaje tiene el ángulo irónico cervantino, no menos que recuerdos muy posibles de la frase quijotesca. Puede verse en la excelente obra de Stanley T. Williams, *The Spanish background of American literature* (vol. II, *passim*) otras noticias sobre la influencia de Cervantes, ya en las primeras páginas publicadas (*Salmagundi*), hasta las cartas que escribe desde Inglaterra y Alemania. Es lástima que no llevase a cabo su proyecto de escribir una biografía de Cervantes. En fin, repitiendo a Williams, diremos que «había leído el Quijote hasta que el idioma del caballero y de su realista escudero *was part of his vocabulary*». Insistiré, por mi parte, aceptando como espero haber mostrado en el pasaje arriba citado, el contagio, casi literal, del lenguaje cer-

vantino más la adopción por el americano de esa peculiar tonalidad de humor en el nuestro, que le lleva a contemplar sus personajes con benévola ironía, con indulgente comicidad, siempre que se descuenta en Irving el sentido trascendental, que ni buscó ni tuvo.

Cuando llega el americano a España sus gustos literarios y su voluntad artística estaban ya conformados según la corriente romántica europea, a lo menos en una parte de ésta, en la que busca el carácter, la nota pintoresca realista y en el escapismo a la busca de un pasado prestigioso en su estimativa, que en nuestro caso era el orientalismo granadino. Según nos ha confesado, conoció muy joven la obra de Ginés Pérez de Hita, que tal vez leyera en la versión inglesa de Thomas Rodd (publicada en Inglaterra, 1803), pues no sabemos que aprendiese en edad temprana el español, ni era fácil en New-York, como lo fue en Boston para Ticknor, que lo aprendió allí en 1803. Pudo haber tenido contacto con el romanticismo granadino y la morofilia a través de Thomas Percy, cuyas *Reliques of ancient english poetry* se publicaron en 1765 y en ellas dos romances tomados de Hita, o en la edición del mismo Percy, diez años después, de «*Ancient songs chiefly on moorish subjects*

translated from the Spanish; o en la obra de Blackwell, *Inquiry into the life and Writings of Homer* (1775), en que se proponen los romances moriscos como muestra de la verdadera poesía popular. (Otra veta orientalista, que no le fue desconocida, la de las «Mil y una noches», popularizada al gusto francés por Galland a principios del s. XVIII, le llegó antes de la traducción inglesa de Edward Williams, *Arabian Nights's entertainments*, 1840, pues alude al célebre repertorio de cuentos en 1832). Esto, sin contar el conocimiento que pudo tener del «roman grenadin» francés de los siglos XVII y XVIII. Con todo ello y las lecturas que hizo en Madrid a su llegada (Stanley Williams da una lista de obras compradas entonces y conservadas después en su retiro americano de Sunnyside), el viajero venía dispuesto a una determinada visión, casi diría, parodiando el dicho inglés, a una «wishful seeing». Hacia 1825 escribía a su sobrino: «No conozco nada que me deleite más que la literatura española antigua. Encontrarás algunas novelas espléndidas en este idioma; y su poesía, además, está llena de animación, ternura, ingenio, belleza, sublimidad. La literatura española, participa del carácter de su historia y de su pueblo: tiene un *brillo oriental* (sub-

rayamos). La mezcla de ardor, magnificencia y romance árabes con la antigua dignidad y orgullo castellanos ; las ideas sublimadas del honor y la cortesía, todo contrasta bellamente con los amores sensuales, la indulgencia consigo mismos y las astutas y poco escrupulosas intrigas que tan a menudo forman el tejido de la novela italiana» (*The life and letters of Washington Irving, by his nephew, New-York, 1862-1864, II, 348*).

Viene en busca del «romance» oriental. Como se sabe, el hispanismo «romance» pasó a la lengua inglesa —y de ésta al francés, alemán e italiano— con el sentido de composición poética y con otro nuevo : «romance = romantic or imaginative character or quality ; suggestion of or association with the adventurous and chivalrous», 1801 ; y, «A fictitious narrative in prose of which the scene and incidents are very remote of those of ordinary life», un poco después. (Según el *Oxford* y el *Webster Dictionaries*).

Al desistir de la traducción que le había encargado Everett, y después de empaparse de historia y literatura españolas en bibliotecas como la muy selecta de Obadiah Rich, Irving sale de viaje al sur, y pasando por Sevilla, llega a la ciudad de sus más caras ilusiones, «the city

of romantic history», a Granada, que divisa en la lejanía, envuelta en brillante nube. De su estancia allí, viviendo en el recinto de la Alhambra, fue acumulando notas y apuntes de donde extrajo el material para su obra más famosa, *The legends of Alhambra*, publicada el año 32, en Londres, al parecer con notable deterioro por la ausencia y la distancia. El libro no fue lo que había soñado. El año 29 fue llamado a la capital británica para ocupar un puesto en la Legación de su país. Y es muy ilustrador para ver cómo Irving recogía las impresiones que diesen pábulo a su especial sentido artístico, el encuentro con Cecilia Böhl de Faber —30 de diciembre de 1828—.

En la escritora encontró aliento y confirmación para el cultivo del «artículo de costumbres». Hablaron de los campesinos españoles y la conversación le sirvió a Irving para anotar tanto como pudo... «I do not know when I have been more delighted with the conversation of any one, it was so full of *original* matter, the result of thinking, and feeling, as well as observing». Stanley Williams subraya, «It was the point. Irving was «thinking and feeling» about Spanish subjects «as well as observing» them». Coinciden los dos escritores en que hay que co-

municar «impresiones de la vida ordinaria» y que «ha de poetizarse la realidad sin alterarla». Podiéramos preguntar, como el escéptico Pilatos, ¿y qué es la realidad? pasando a lavarnos las manos, sin esperar la respuesta. (El «costumbrismo» había empezado con las *Cartas del pobrecito holgazán*, de Miñano —1820—, y *Mesonero* comienza en 1842. Somoza, aunque había escrito antes, retraído en Piedrahita, no publica hasta 1842).

Para el libro de la Alhambra, Irving aprestó su doble punto de mira : la observación del presente en su lado más colorista, y la evocación de un pasado embellecido, que contempla con la melancolía que inspira el esplendor decaído y con cierto regusto muy de época —y de todos los tiempos— por las ruinas. A la evocación de las glorias musulmanas se une la del brillo más efímero de los días en que se alojó la corte de Felipe V : «La desolación de los aposentos reales, residencia antaño de la altiva y espléndida Isabel, ofrecían mayor encanto a mis ojos que si los viera en su antigua suntuosidad, con el brillo de la pompa cortesana», escribe desde las mismas habitaciones, que dan al jardín de Lindaraja. El ejemplo de Chateaubriand, descubridor del encanto de las ruinas, había cundido am-

pliamente. (Descubridor, con temple romántico, pues como ha mostrado muy bien el Profesor Orozco, hay una poesía de las ruinas, y pintura, en nuestro Barroco).

La Alhambra que conoció y habitó Irving era, sin duda, el observatorio y disparadero ideal para su doble vertiente de escrutador del presente y de soñador de un ayer legendario. La abigarrada población que allí se cobijaba, «los hijos de la Alhambra», el estado de los palacios y jardines, conservados tanto como para admirar su belleza y lo bastante ruinosos y abandonados como para encontrar en ellos el color adecuado y la incitación a la nostalgia. He de confesar que prefiero, con mucho, la parte narrativa y descriptiva del libro, desde el viaje hasta la parte dedicada a contarnos sus experiencias en paseos, estancias y en el trato con los personajes que allí encontró: Mateo Ximénez, mezcla de hidalgo y pícaro; la vieja, Reina Coquina, que sabía tantos cuentos como Scherazada, el noble y su familia, que pasan unos días en la Alhambra, aunque siempre estén vistos con un prefijado interés de buscar el tipo de «carácter», todos aquellos seres, pobres pero felices, tienen vida propia. Como la tienen sus impresiones de un paseo nocturno, las observaciones que hace

desde su alto mirador, cuando contempla el paseo á orillas del Darro, donde acuden «curas y frailes... majos y majas... arrogantes contrabandistas, y tal vez algún misterioso embozado, que acude a una cita secreta». Cierto es que no se deja llevar de su imaginación —no muy fértil— en todo momento, y es digno de recogerse cómo triunfa, aunque con pena, el obsequio a la verdad sobre la fantasía en la imaginada novela de la novicia llevada al claustro a la fuerza por un padre severo, ante la desesperación del enamorado, que luego resulta, por los informes de Mateo, un caso normal de profesión religiosa sin coacciones ni leyenda. Pero, en general, sus tipos son los de la topiquería pintoresquista de españolada, ¡ay! tantas veces pintados y descritos.

Los cuentos intercalados con habilidad en el cuerpo del relato, o son del consabido motivo de tesoros ocultos (el del albañil, el del legado del moro, el de las dos discretas estatuas) que «las mentes de los famélicos habitantes de la Alhambra se dieron a tejer», o se van por el lado maravilloso de magia y encantamientos (el del astrólogo y la belleza hispano-goda (?), el del Ahmed al Kamel, el Príncipe peregrino de amor, que tiene —en mi opinión— un parecido con

cuentos de las «Mil y una noches»). Otros son de asunto novelesco amoroso (las tres bellas princesas, tema de moros y cristianos), uno evocador de la época de Isabel de Parma (La rosa de la Alhambra, o el paje y el halcón) y otro con cierta nota picaresca, el del Gobernador manco y el soldado pobre que le burla llevándose su amiga. Creo que en los cuentos Irving queda muy por debajo del escritor de costumbres, y que en ninguno de aquéllos ha alcanzado la gracia de Rip van Winkle. Lo maravilloso es demasiado fácil y trillado, requiere un lector demasiado ingenuo. (Alguno de los motivos fantásticos se encuentran en sus relatos anteriores, en los alemanes, y el «Velludo», el caballo diabólico, sin cabeza, que recorre de noche la Alhambra, seguido de una jauría, nos recuerda el jinete sin cabeza de la leyenda de Sleepy Hollow, y en ambos casos sirve para un fin semejante dentro del juego de la historieta). Junto a los horrores de la «novela gótica» o a las poderosas fantasías de la balada y los cuentos germánicos o de los elementos maravillosos de la colección de Scheherazade, los productos de la fantasía de Irving son más bien decepcionantes. Además le ha fallado ante lo granadino aquella feliz nota de ironía que hace deliciosos todavía, con frescura permanen-

te, los cuentos del *Sketch Book*. Acaso la emoción ante las leyendas de la Alhambra no le han permitido la distancia perspectiva suficiente. Queda, sí, el humor, a las veces, en algún rasgo de observación directa, cuando no la nota satírica (Fray Simón, el «padre de huérfanos, fraile rollizo, glotón, avaricioso»). Pero el mundo de lo granadino moro, parece como si hubiera inhibido su capacidad humorística.

Todavía hay un tercer elemento en el libro de la Alhambra : la evocación histórica —o pretendida tal— de los fundadores de aquel conjunto de maravillas y, sobre todo, del último y desdichado dueño, del Rey Boabdil. Casi se sobrepone al resto una nota elegíaca, el lamento de una belleza y esplendor extinguidos para siempre, junto con la exaltación sin sombras del pasado, todo luz, gallardía, heroísmo, grandeza y honor.

El entusiasmo por los moros y su tiempo es incondicional e ilimitado, considerándolos muy superiores a los cristianos —no he escrito a los «españoles» porque Irving no sabía cuánto había de hispánico en la civilización granadina—. «A veces, escribe, estoy dispuesto a compartir los sentimientos de un digno amigo y compatriota mío que hallé en Málaga, quien jura que

los moros son las únicas gentes que merecieron este país, y pide al cielo que retornen de Africa y vuelvan a conquistarlo»... o : «Por todas partes he hallado en Andalucía trazas del arte, de las costumbres moras, de su sagacidad, cortesía, esforzado ánimo, buen gusto y elevada poesía» (ambos pasajes en *The life...* vol. II, 323). Puede pasarse que no tuviera ojos ni atención para algo más que hay, que había, en Granada ; que no le dijese nada el arte cristiano, y ya es conceder. Lo que parece más extraño es que Irving —como otros muchos maurófilos— no se hayan percatado de algo tan sencillo y patente como que la idealización del moro, la exaltación como héroe de galantería, caballerosidad y bizarría ha nacido precisamente en el campo hispano-cristiano y en los años de la última lucha en la frontera por antonomasia y después de rescatado el último baluarte de la dominación musulmana. Irving no conocía el árabe y, salvo lo que sus ojos vieron en los restos nazaritas, toda la información sobre el moro la obtuvo de fuentes españolas, y debió haber reflexionado sobre este hecho impar en la historia : que son los enemigos seculares los que crean y ofrecen a la posteridad la imagen de sus contrarios, antes de vencerlos y después de vencidos. Podrá argüirse

que los moros fueron así en realidad, cosa muy dudosa, pues en lo humano siempre hay elementos positivos y negativos ; pero siempre habría que reconocer la generosidad del vencedor que ha dado el bellísimo romancero morisco, la historia de Abindarráez y la hermosa Jarifa, en una palabra, la imagen idealizada, ennoblecida y magnificada de sus tradicionales enemigos, los moros. (Después de una bibliografía abundante sobre la formación de la maurofilia y del moro en la literatura, puede verse el estado de la cuestión, por extenso y en su proceso, gracias al libro de M.^a Soledad Carrasco Urgoiti, *El moro de Granada en la Literatura* (del siglo XV al XX), «Rev. de Occidente», Madrid, 1956).

Pero ya sé que el americano buscaba más que precisiones, sensaciones y emociones y, como se ha anticipado, vino a ver lo que quería ver, lo que necesitaba para confirmación de sus gustos, ideas y sensibilidad. Cada uno solemos estar condicionados por prejuicios y sentimientos, tanto más fuertes cuanto menos advertidos. El que parece simplicísimo acto de ver, no lo es, de hecho, casi nunca. No vemos : proyectamos nuestro yo sobre las cosas.

Como hemos notado, en la Alhambra vivió gustando de la delicia de aquellos lugares, con-

versando con sus habitantes, observando y acumulando notas para el futuro libro. Ahora como antes prefiere obtener la información de viva voz, tomada del depósito legendario transmitido de generación en generación. (En su tierra se lamentaba de que por no haber un pasado dilatado, faltaban los motivos de saber tradicional, salvo en las aldeas holandesas). Al mismo tiempo pudo utilizar la Biblioteca de los Padres Jesuitas, entonces ya Universidad de Granada, y allí «pasaba sabrosísimas horas de quietud» manejando el «tesoro de erudición», sombra de lo que fue, pues «los franceses despojaron la biblioteca de sus más interesantes manuscritos», y «sobre todo, leyendo crónicas encuadradas en pergamino, a las que siempre he profesado singular veneración».

La admiración sin límites hacia los moros no impide muchas veces una elogiosa estimación de los españoles hasta donde su busca del «color local» era compatible con la «verosimilitud» y su tinte romántico. Ya el paisaje de la meseta meridional le parece de «una noble severidad» que está perfectamente en armonía con la manera de ser de los habitantes; y yo me explico mejor al arrogante, intrépido, frugal y sobrio español y su arrojo en los peligros

y su desprecio por los placeres afeminados desde que he visitado el país que habita». Al viajar hasta Granada se demora en describir paisajes, tipos y recuerdos históricos, porque «hay tal poesía en los recuerdos de la Península, que la imaginación se siente dulcemente arrebatada». El guía que le acompaña en su ruta por el sur, divertido y decidor, refranero «como Sancho, cuyo nombre le pusimos; y como buen español —aunque le tratábamos con la familiaridad de compañero— nunca, ni un solo momento, traspasó los límites del decoro debido, pese a su ingénito buen humor». Su mejor idea la tiene de los humildes, como aquel mendigo cuyo «vestido, roto y viejo, era decente, y su porte, noble», que se le dirigió «con esa grave cortesía que se nota en el español más pobre». Si le dan limosna y comida, la recibe «con gratitud, pero sin muestra alguna de adulación servil... Sentóse a corta distancia de nosotros y empezó a comer despacio, con sobriedad y con la delicadeza propia de un hidalgo... Creí ver a un caballero arruinado, pero me equivoqué: no había más que la innata cortesía del español y los giros poéticos de la fantasía y del lenguaje usado comúnmente por las clases bajas de este pueblo de viva imaginación». En compensación,

algunas veces, las menos, dedica frases despectivas a los usos y las gentes: por ejemplo y de pasada en la «*Leyenda del legado del moro*», en el cuento del gobernador y el escribano, o en el tópicu aristócrata —el marido de la hija del enriquecido Lope Sánchez—, «un tipo raquíuico, hombre gastado, lo cual era señal y prueba de ser de sangre azul, todo un Grande de España». Con más simpatía está visto el Conde granadino, personaje real, con quien se encontró en la Alhambra y luego visitó en su nuevo Palacio, en la ciudad.

Injusta a todas luces parece su afirmación de la desidia con que los españoles han tenido la Alhambra, que, según Irving, se conserva gracias al general francés que se preocupó de su cuidado durante la ocupación de la ciudad en la guerra de la Independencia. Líneas después dirá, sin acordarse de los elogios que había dedicado a la exquisita finura de los franceses en la conservación de las joyas artísticas, que al retirarse las tropas el mismo general mandó volar varias torres de la Alhambra, y parece ignorar o echar en olvido que con la misma exquisitez hubo un plan para volar y arrasar la Alhambra toda, o se saqueó, como hemos citado, la biblioteca de la Universidad.

En fin, el pueblo llano merece toda su aprobación siempre y recordaré, para terminar este punto, la abigarrada reunión de soldados, arrieros, campesinos y otra gente menuda que hacen fiesta y bailan el bolero sin que nadie traspasara «los límites de una decorosa alegría».

El balance de notas favorables parece ya cerrado en esta frase, tomada de una carta a Henry Brevoort —9 agosto 1829—: «Una estancia de tres o cuatro años en este país me ha reconciliado con sus inconvenientes y defectos, y cada vez me agradan más el país y la gente» (*The letters of Washington Irving to H. B.*, II, 224, ed. New-York, 1915).

Al cabo de los años Washington Irving volvió a España como Embajador, a los sesenta de edad. En la frontera, la vista de una mujer con mantilla hizo saltar su corazón. Pero ya no conservaba el apasionamiento de antaño y contempló España, «much more in its positive light than I did sixteen or seventeen years since, when my imagination still tinted and wrought up every scene» (carta a Mrs. Storrow). Antes hemos apuntado a su manera de ver con su imaginación que, en efecto, *tinted* y *wrought up* el espectáculo. Ahora bien, lo asombroso es que se desinteresara totalmente de

lo granadino, que no hiciese ni una breve visita a la Alhambra ni a la ciudad, que no quisiera saber nada de Mateo Jiménez, vivo aún. La corte, los asuntos de su misión diplomática, las atenciones sociales y, mucho menos, las relaciones con eruditos y literatos, acapararon su atención. No voy a entrar en este extraño desinterés, ni en buscarle una explicación, que no se la encuentro satisfactoria: en todo caso me parece muy decepcionante el olvido y me hace sospechar que su viaje y estada en la Alhambra no había pasado de servir a un fin utilitario que, una vez cumplido, quedaba atrás, agotadas para el autor las posibilidades estimulantes de su imaginación. Y esta indiferencia, ¿no nos suscita alguna duda acerca de la autenticidad de la experiencia pasada? Mientras tanto, el libro de la Alhambra había tenido un éxito muy halagüeño y contribuyó poderosamente, junto con los de otros viajeros, a difundir el raro y peculiar encanto granadino a los cuatro vientos. En los Estados Unidos, además de ser muy leído y de atraer viajeros, desató un verdadero furor (*moorish madness*, dice Stanley Williams) en imitaciones arquitectónicas y decorativas a la manera de la Alhambra o de otros monumentos moros de España: la torre

del Old Madison Square Garden, de New-York, se hizo inspirada en la Giralda; en San Francisco, la torre del reloj en el Ferry Building, al final de Market Street, siguió ese estilo; y desde la Florida a Philadelphia o Cincinnati surgieron ejemplares de «alhambraism» en la decoración. ¡Ay!, el alhambrismo, literario y plástico, que más tarde denunció Juan Ramón Jiménez, tan extendido y que ha sometido a la más dura prueba el hechizo inimitable del original.

La primera traducción del libro de Irving en España, se hizo en el año 33 (*Cuentos de la Alhambra*, por Luis Lamarca, Valencia). Luego aparecieron en algunas revistas algunos cuentos sueltos, a veces sin nombre del autor, de modo que «los datos espigados en revistas mostrarán que el español recibió por ellas algo de la obra más popular de Irving, sin saber siempre de quién se trataba» (J. Montesinos, *Introducción a una historia de la novela en España; en el siglo XIX*, ed. Castalia, 1953, Valencia, pág. 251, donde pueden verse los escasos datos y traducciones, en *El artista y Semanario pintoresco*).

Otras traducciones de obras de Irving —me limito a las de asunto hispano— fueron las de

Crónica de la conquista de Granada, 1831; *Historia de la vida y viajes de Colón*, 33 y 34; otra de la misma obra el 51 y una tercera edición el 54, para limitarme a la primera mitad del siglo pasado.

Escribió, además, nuestro hispanista diversas leyendas sobre asuntos españoles, históricos principalmente y, como siempre, mezclando lo fantaseado con datos tomados de no sabemos qué fuentes. Así, *La Crónica de Fernán González*, *La Crónica de Fernando el Santo*, *La leyenda de don Pelayo*, la del Conde Julián y su familia, la de Don Pelayo, la de don Rodrigo, la de la conquista de España (*Crayon Miscellany*, Philadelphia, 1835), utilizando el testimonio del personaje interpuesto, Fray Antonio Agapida en algunas de éstas, como había hecho en la *Crónica de la conquista de Granada*. El narrador se sobrepone de continuo al historiador.

Citemos, todavía, entre sus escritos hispanizantes un ligero artículo, «*Don Juan; una investigación espectral*», que tiene escaso valor en la exploración de fuentes del burlador. Otro artículo, «*Abderramán*», que junto con una curiosa carta en que se da noticia de las procesiones del Corpus en Granada, puede

verse en *The Spanish Papers and Other Miscellanies* (New-York, 1866).

(Más afortunado fue, entre nosotros, el contemporáneo de Irving, y con él, iniciador de la literatura americana, J. F. Cooper: en el año 32 se tradujeron y publicaron *El piloto*, *The pioneers*, *El último de los mohicanos* —otra traducción, de Larra, de *El piloto*—. Es Cooper quien introduce aquí la «novela americana», que tuvo numerosos devotos y sirvió de título genérico, y «cuando figura como subtítulo, será una recomendación para los apasionados a esta literatura» (Montesinos, *op. cit.*). Andrés Bello calificaría a Cooper como «el Walter Scott de América»).

En la última parte de su vida se sintió llamado por los temas ingleses y americanos, y publicó las biografías de Oliver Goldsmith, su gran admiración, y del liberador de la patria, George Washington, obra ésta de más empeño. Las aventuras de los cazadores de pieles y la gran figura de Astor, le inspiraron su obra *Astoria*, y a la vida y riesgos del interior de los EE. UU. dedicó *A tour in the prairie*. El círculo se ha cerrado: había empezado con temas americanos y con temas americanos concluye su vida literaria. Y, sin embargo, el recuerdo

de España no le abandonó, más vivo por la nostalgia de su juventud y por la lejanía, pues sabemos que en su retiro de Sunnyside guardaba cuidadosamente los libros que había adquirido aquí y que solía mostrar a sus visitantes. Sería interesante espigar en su voluminosa correspondencia los recuerdos de la aventura española. No poco ha hecho el meritísimo Stanley Williams, pero aún podría apurarse y sistematizarse el filón.

Ahora, a cien años de su muerte y pese a los cambios de gustos y a que fue un escritor muy ceñido a los de su tiempo, quedan sobrenadando del olvido, los dos relatos citados del *Sketch Book*, cuyos héroes, Rip van Winkle e Ichabod Crane son ya personajes del folklore americano; quedan algunos cuadros de la vieja Inglaterra, el de Abbotsford, el de Westminster Abbey, el de Stratford-on-Avon; y quedan los cuentos de la Alhambra y, con más frescura, la urdimbre de estampas e impresiones.

Su influencia en las letras españolas del romanticismo legendario y costumbrista son muy escasas y de poco momento. (No parece probada su influencia en la Fernán Caballero y su novela *La familia de Albarada*, en gestación cuando trató a la autora). Tuvo más inmedia-

ta acogida por aquellos años la obra de Chateaubriand, *Aventuras del último Abencerraje*, que se publicó en traducción el año 28, por el editor Cabrerizo. La obra se anunciaba en un diario valenciano así: «El asunto del Abencerraje es todo español. El lugar de la escena es Granada, y en ella se recuerdan aquellos tiempos de galantería, de pundonor, de gloria española, que tanto brillan en la historia de la dominación musulmana en nuestro hermoso suelo, y muy particularmente en la antigua Bética». La soberbia maestría retórica del francés y su problema sentimental cuentan mucho más que la evocación granadina.

Martínez de la Rosa, granadino, y uno de los iniciadores del romanticismo, cita a Washington Irving (*sic*) en su desdibujada *Doña Isabel de Solís* (1837-46). Entre los demás cultivadores del orientalismo granadino, fuera y dentro de España, poco, muy poco parecen deber al americano, cosa poco sorprendente, pues disponían a la mano de las fuentes más directas del género en nuestro romancero, novela y teatro antiguos. Entre esos escritores románticos, tal vez Estébanez Calderón, que trató lo moro y morisco en serio y en grotesco, pudiera relacionarse con Irving. Aunque el dato es muy

leve, y ha escapado a la diligencia bien probada de Williams, me parece oportuno aducirlo. En «*Los tesoros de la Alhambra*» (publicado en *Cartas Españolas*, la revista de Carnerero; ahora puede leerse en la edición de obras completas de Estébanez en la *Biblioteca de Autores Españoles*, continuación) hay un hallazgo del consabido tesoro, cuya localización indican las miradas de dos estatuas de ninfas (?) y el tesoro estaba en un hueco de la pared, en unas urnas que «eran como aquellos jarrones de porcelana que se conservan en los Adarves, y fueron hallados en el aposento de las ninfas, llenos de amatistas, topacios y esmeraldas». En el libro del americano, en la «Leyenda de las dos discretas estatuas», Lope Sánchez va con su hija a la «sala de las dos ninfas», explora la pared, siguiendo la mirada de aquéllas y da con un hueco «en el que encontró dos grandes jarrones de porcelana». La fábula de uno y otro cuento son, en lo demás, totalmente distintas. Esta coincidencia, hasta en palabras, puede provenir de una fuente oral común, de la tesauromanía que en todas partes y muy singularmente en la Alhambra ha hecho imaginar al pueblo tantos y tantos tesoros ocultos del tiempo de los moros. ¿Habría leído, en otro caso, Esté-

banez el libro de Irving, publicado en Inglaterra un año antes de su cuento, o tuvo posibilidad de leer la traducción española, sacada en el mismo año 33? Minúsculo problema que he de dejar así.

No he podido ver la colección de la revista granadina *Alhambra* (1839-1841), donde tal vez haya alguna huella de Irving, aunque Allison Peers asegura que el romanticismo no tuvo fortuna en la ciudad y que de la lectura de la revista se deduce que no fueron estimados los escritores de los últimos diez años.

Como escritor, Washington Irving, ya se ha dicho que fue el primer autor americano estimado en y fuera de su tierra. La sorpresa de la aparición de un libro como el *Sketch Book* fue considerable, y en Inglaterra, al decir del crítico estadounidense Van Wick Brooks, produjo tanta extrañeza «como si lo hubiera escrito un chino». La obra mencionada quedó como libro de lectura en las escuelas, sustituyendo al *Spectator* de Addison, y perduró muchos años como modelo de prosa limpia y sensitiva. Nuestro escritor se había formado en la mejor tradición dieciochesca inglesa, en una lengua que aspira a la precisión y a la pulcritud, que busca la información exacta y convincente. Con la

nueva sensibilidad romántica, Irving le añadió un toque de color y emoción, sin perder la tonalidad humorística. Por otra parte, fue el introductor de un nuevo matiz, el de la lengua llana, casi coloquial, hasta el punto de que se anticipa a la plenitud creadora de la «*native prose*» del gran Mark Twain, que es, en muchos aspectos, el creador maduro de la prosa narrativa netamente americana, libre de elementos ajenos. Edgar Allan Poe pudo decir, más como escritor personalísimo que como crítico imparcial, que «Irving is much overrated, and a nice distinction might be drawn between his just and his surreptitious and adventitious reputation : between what is due to the pioneer solely, and what to the writer». Creemos que fue algo más que pionero, aunque «his tame propriety and faultlessness of style» no entrase en el orden de valores que más estimara Poe.

Irving se dio cuenta de que una literatura necesita cierto *background* de carácter popular y que una de las fórmulas más afortunadas de creación literaria culta es aquella que reelabora temas y mitos consabidos y compartidos. Por eso fue a buscar los viejos ecos donde podía encontrarlos. Una parte de su obra se ha incorporado ya al *background* legendario americano.

Tal vez le faltó genialidad, y de todos los géneros románticos, no eligió el más rico ni el más prometedor de permanencia.

Granada no ha sido olvidadiza con su visitante y le ha recordado con amor y gratitud. En 1917, el Profesor Romera Navarro escribía: «Seis años de residencia en aquella ciudad andaluza me permiten afirmar que Washington Irving... comparte allí con Zorrilla, el último trovador de España, laureles y popularidad» (*El hispanismo en Norteamérica*). Recientemente, Emilio García Gómez, en sus *Nuevas escenas andaluzas*, registra la fina dedicación de recuerdos en los lugares que habitó el americano. Hoy la Universidad y el Ayuntamiento granadinos celebran conmemorando el primer centenario de la desaparición del escritor con actos culturales y nuevas muestras de recuerdo permanente que reverdecen la feliz inspiración de quien adivinó desde tan lejos el encanto de los palacios nazaritas, superó tantas dificultades de viajes y residencia, y dejó en el libro de la Alhambra testimonio y expresión de bellezas que durarán. Hoy es imposible ver la Alhambra y el Generalife, cargados de tanta historia, sin tener en cuenta lo que la sensibilidad de Irving nos ha legado, enriqueciendo con sus

páginas este asombroso rincón, en que confluyen dos civilizaciones extrañas, fundidas en un maravilloso acorde, conjuntados naturaleza, arte, hechos peregrinos y literatura que solicitan y cautivan nuestra atención, que despiertan nuestras emociones sin acabar de agotar su indefinible sugestión. Irving es ya parte de la leyenda de la Alhambra.

Para cerrar estas apresuradas notas, me complazco en reproducir la opinión de William Makepiece Thackeray sobre el que conmemoramos, pues parece este juicio ajustado a lo que deducimos de la lectura de las obras irvingianas: «Era fino, cortés, amable, gracioso, dulce e igualaba socialmente a los más refinados europeos. En América, el afecto y respeto a Irving era un sentimiento nacional. La puerta de su encantadora posesión, a orillas del Hudson, no cesaba de abrirse para dar paso a los que iban a verle».